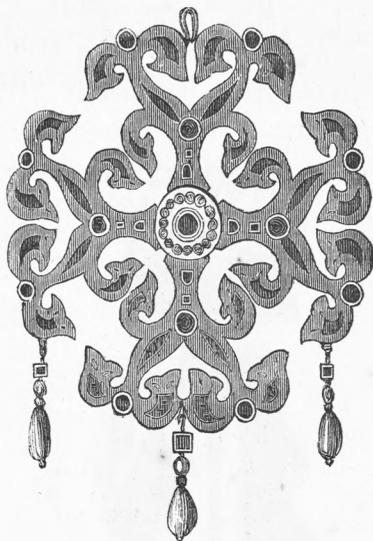


aunque abollada, conservaba casi íntegras las dos chapas de purísimo oro de su cerco. Gruesas perlas y lucientes zafiros ornaban los rosetones calados de éste, á cuyo borde superior se adaptaban cuatro cadenas de hojas de peral, reunidas en un bello florón de oro y cristal de roca, y de cuyo borde inferior pendían algunos clamasterios en forma de letras, como los que componen la leyenda de la corona de Recesvinto. Adivinábase desde luego que esta rica presea había podido ceñir la frente de algún otro monarca. Invitados los que esto escribimos á examinarla, no nos fué difícil restablecer la leyenda de su dedicacion, descubriendo con íntimo gozo ser el oferente el glorioso *Suintila*.

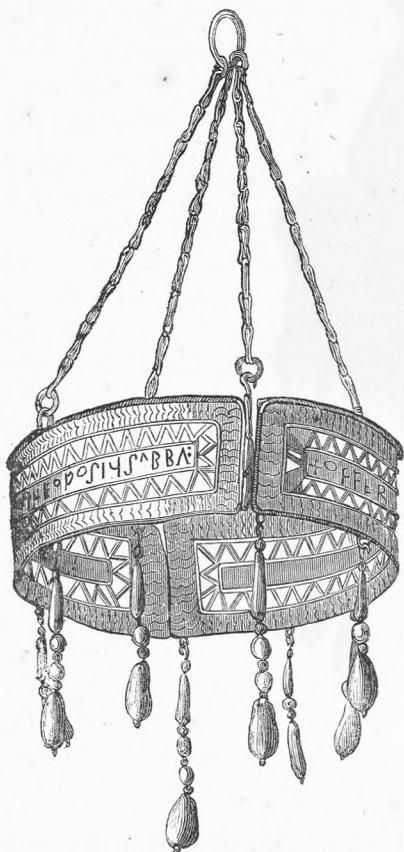
»Así se verificó el hallazgo tan ruidoso de las coronas y demas alhajas visigodas del *Tesoro de Guarrazar*.»

No falta quien pretenda amenguar la importancia

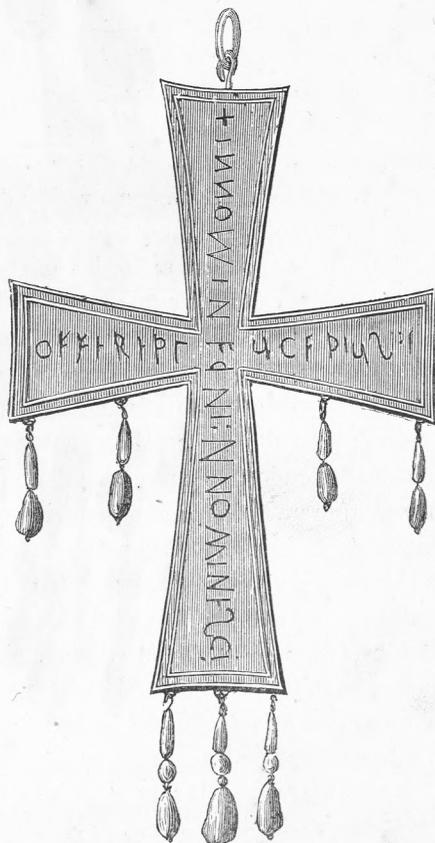
saran entre todas unos quince mil francos de oro; que no son macizas, sino huecas; que las perlas que tienen son muertas, los zafiros de muy poco valor, las esmeraldas no existen, y en cuanto á las demas piedras preciosas, no hay una que tenga valor intrínseco. Pero prescindiendo de que lo más precioso de estas alhajas no es su peso sino su antigüedad, es de suponer que en aquella época las piedras, deslucidas hoy y alteradas por el tiempo, tuvieran mucho más precio. La corona de Recesvinto y la de Suintila nos muestran la perfeccion á que había llegado el arte en aquellos siglos. No somos competentes para emitir juicio alguno sobre este punto; pero si en efecto los mencionados monarcas ciñeron á sus sienes las diademas que hoy son objeto de tan preferente estudio, bien pueden estimarse como veneranda reliquia de aquella célebre monarquía. Las demas coronas son votivas, es decir, estaban suspendidas



Corona votiva.



Corona votiva de Teodosio.



Cruz votiva de Lucecio.

de este descubrimiento, diciendo que semejantes joyas no valen lo que se pagó por ellas (1); que apenas pe-

enmedio del templo como ofrendas y testimonio de devocion y gratitud al Supremo Sér. Esta circunstancia, y más que todo su misma forma, revelan el origen de las arañas de nuestras iglesias, cuyas luces son el emblema de los fervientes afectos de la oracion.

(1) Véase la carta de Mr. Herouad, pag. 303 del t. I de la *Historia de España* del difunto D. Antonio Cavanilles.

Otros objetos se conservan tambien procedentes de las ruinas de Guarrazar. En la escalera de la Biblioteca Nacional se ve una lápida de pizarra que servia entonces de losa á una sepultura. Su inscripcion dice que allí yacia el presbítero Crispino, que murió en la era DCCXXX (año 693). No conoció aquel hombre á los sarracenos, y apenas tendria noticia de su existencia. Sobre sus yertos restos pasaron guerras y trastornos sin cuento, el tropel de los vencidos, las plantas no ménos destructoras de los vencedores. ¡A cuántas reflexiones da lugar aquella ignorada tumba!

CAPÍTULO IV.

Entrada de Tarik en España; sus conquistas.—Expedicion de Muza.—Gobierno de su hijo Abdalaziz.—Ayub-ben-Habib-Alahor.—Pelayo.—Batalla de Covadonga.—Progresos de la reconquista.—Favila.—Alfonso el Católico.—Dilata su reino.—Frúela.—Abderrhaman.—Aurelio.—Silo.—Alfonso el Casto.—Mauregato.—Hischem.—Ramiro; asocia al trono á su hijo Ordoño.—Abderrhaman II.—Alfonso III.—García, rey de Leon, y Ordoño de Galicia.—Alfonso IV.—Consideraciones sobre la procedencia de dichos tronos.

HECHO averiguado parece ya que la batalla de Guadalete se dió el 12 de noviembre del año 712. Es de presumir que no se decidiese el mismo dia su resultado: peleaban los árabes, no en grandes masas ni combinando estratégicamente sus movimientos, sino desbandados y hostigando por todos lados al enemigo; retirábanse cuando la fatiga los obligaba á ello; volvian ya descansados con nuevo ímpetu á la pelea, y no desistian del empeño hasta verse vencidos ó vencedores. Mandaba en Africa como walí y delegado del califa de Damasco, Muza-ben-Noseir, el cual espontáneamente ó por sugestion de los enemigos de D. Rodrigo, resolvió enviar una expedicion al otro lado del Estrecho, y contra las costas en que por aquella parte termina España. Púsola bajo la direccion de su general Tarik, mas no con ánimo de conquistar aquella tierra, sino de estragarla y obtener algun tributo de sus moradores. Ageno estaba el mismo Tarik de creer que un solo triunfo bastaria para aniquilar el imperio de los visigodos; pero una vez reducidos á tal extremo, avanzó tierra adentro en persecucion de los fugitivos.

Para dividir las fuerzas de los cristianos, si alguna resistencia querian hacerle, repartió la suya en tres divisiones, una que se encaminase á Málaga, otra á Córdoba, y la que llevaba consigo, que dirigiéndose á Jaen, debia procurar enseñorearse de Toledo. Cayeron en su poder las poblaciones más importantes, unas tras porfiada quanto inútil resistencia, otras por medio de capitulaciones y pactos en que los habitantes ponian á salvo su existencia, su fe religiosa y gran parte de sus intereses; porque así como los invasores se ensañaban con los que trataban de defenderse de su agresion, se conducian humana y aún generosamente con los que resignándose á su yugo, se proponian perder la ménos parte posible de su libertad. Y

en esta postrera concesion obraban los moros con política y con destreza, pues internados en un país enemigo y desconocido, con escasos elementos para imponer su dominacion, érales forzoso contemporizar con los que de grado se les sometian, como lo hicieron en lo general, ya atrayéndose por este medio las voluntades, ya consiguiendo que el ejemplo de los dóciles y pacíficos sirviese de norma á los remisos y belicosos.

Apoderáronse, pues, como dejamos insinuado, de cuantos puntos fueron recorriendo. Rindióse Toledo por capitulacion, huyendo los que no quisieron entregarse, hácia la parte septentrional de la Península, primero á los llanos de Castilla, despues á las fragosidades de Astúrias y el Pirineo. Continuaron su marcha las otras dos divisiones, una á Portugal, otra por las marinas de Levante, rindiendo la primera á Evora, Viseo, Lamego y otros puntos, y deteniéndose la segunda á vencer la oposicion que le hizo el príncipe godo Teodomiro con la gente que pudo allegar, determinado á sucumbir en aquel último trance de su fortuna. Pero entretanto Muza, que tampoco habia podido prever el resultado de aquella expedicion, envidioso de la gloria que iba adquiriendo su lugarteniente, y con la sed que en su avariento ánimo despertaba la fama de las riquezas acumuladas en la Península, ordenó á Tarik suspender la marcha, mientras él preparaba la suya con un ejército numeroso. Vaciló al pronto Tarik en lo que debia hacer, queriendo por una parte obedecerle y por otra no malograr ocasion que tan propicia se le ofrecia; mas por consejo de los suyos siguió avanzando, sin que nadie atajara el curso de sus victorias.

Llevó Muza á cabo su resolucion; invadió la Andalucía, llegó á Mérida, y alcanzó, por último, á Tarik, cerca de Talavera. Reprendióle ásperamente, y á haber estado en su mano, le hubiera hecho pagar con la vida su inobediencia. Su hijo Abdalaziz prosiguió la conquista por todo el litoral del Mediterráneo, desde Murcia hasta Tarragona; él envió parte de su gente á ocupar la Galicia y las montañas de Astúrias, y con el resto pasó á Zaragoza y fué extendiéndose hasta la cordillera del Pirineo. España toda estaba ya sometida al poder de Africa; Teodomiro nada podia emprender, y tuvo que transigir con su desventura. Pero sabedor el califa de las disensiones que mediaban entre Muza, Tarik y los principales caudillos de la conquista, mandó pasar á Damasco al walí y á su general, dejando encargado el gobierno de España á Abdalaziz, hijo, como hemos dicho, de Muza, que fijó en Sevilla su residencia.

El gobierno de Abdalaziz fué sumamente próspero para los musulmanes. Fortificó los puntos más á propósito para la defensa del territorio y para reprimir la insurreccion de los naturales, y estableció el sistema de tributos y el repartimiento de la propiedad, fomentando por todos los medios posibles los intereses materiales. Casó con Egilona, viuda del rey Rodrigo, lo cual le hizo sospechoso á los mahometanos, y la ostentacion con que celebró su enlace inspiró al califa recelos de que quisiera alzarse con la soberanía de España. Nada hay seguro de la desconfianza y

enemistad de un déspota, y el de Damasco mandó que le dieran muerte, pereciendo, con efecto, asesinado el año 715, á los tres de su gobierno, así como dos de sus hermanos, á quienes tenia respectivamente confiado el mando de una provincia.

Su sucesor Ayub-ben-Habib gobernó tambien con acierto y moderacion, pero fué sustituido á poco tiempo por Alahor, hombre impetuoso, valiente y emprendedor, que pasando los Pirineos, se introdujo en la Septimania, conquistó á Narbona y extendió su dominio hasta las orillas del Garona y del Ródano. Cuando más empeñado se hallaba en sus conquistas, recibe aviso de que los cristianos refugiados en Astúrias proyectaban hacerse allí fuertes ó promover una insurreccion. Con efecto, miéntras cumpliendo las órdenes de Damasco, iban reemplazándose unos á otros los walíes ó emires de España, á la parte más inaccesible de Astúrias se habian dirigido muchos de los fugitivos del interior y algunos obispos, que imposibilitados de ir á Roma, como el de Toledo, Sisberto, ó prefiriendo mantener vivas la llama de la fe y la esperanza de una restauracion de la patria, se agrupaban alrededor de los señores godos que participaban del mismo anhelo. Teodomiro y su hijo Atanagildo, haciéndose feudatarios de los moros, conservaban el mando de un corto territorio; pero los refugiados de Astúrias buscaban caudillo que se pusiese al frente de su sublevacion. Era favorable la coyuntura, dado que el walí Alahor prolongaba su estancia en la Septimania; no abundaban en gente ni en recursos, pero les sobraba patriotismo y resolucion.

Pelayo, descendiente de los reyes godos, aventajaba á los demas en esfuerzo y en odio á los invasores; convocó á sus amigos, y llevado, no de su propia ambicion, sino de un entusiasmo que sabia interpretar y mover los más nobles sentimientos, les encareció la necesidad de ponerse á las órdenes de un jefe que enarbolase el estandarte de la patria y la religion. El fué de comun acuerdo el elegido; él quien organizando las fuerzas con que podian contar para la resistencia, con ánimo más prudente que resuelto, determinó no provocar, sino esperar á los enemigos. Tardaron estos poco en presentarse arrebataadamente y en cuantioso número; hallaron á los cristianos refugiados en una cueva de lo más intrincado del monte Auseba; acometiéronlos con brio; pero el lugar era inaccesible: defendíale por delante un impetuoso torrente; á los lados grandes montañas, enormes rocas y enmarañados desfiladeros. Metidos los moros en aquellas gargantas y estrechuras, redoblaron su ímpetu y sus esfuerzos; despuntábanse en las rocas las flechas que arrojaban á los cristianos; rebotaban otras de suerte, que parecian volverse contra ellos mismos. De pronto, cuando más apiñados y ciegos combatian, asoman por las cumbres los que Pelayo tenia ya de antemano prevenidos para aquel lance y caen sobre la hueste morisca saetas, venablos, piedras, árboles, peñascos enteros desgajados de la montaña. Aquel fué el sepulcro de los infieles; con sus cadáveres llenaron los fosos y hondonadas de aquella sierra; murieron allí cuantos ambiciosos de gloria arrojaron el mayor peligro. No ménos desastrosa fué á los demas la huida:

pocos bastaron para perseguirlos, para acabar con los despedazados restos de la morisma. Astúrias quedó desde entónces libre de sus enemigos. «¡Gloria á Dios!» exclama á la vista de este triunfo uno de nuestros escritores contemporáneos. ¡Gloria á Dios! repetimos nosotros, que señaló aquel dia como principio de la lenta, y por lo mismo más grandiosa regeneracion de España.

Así aconteció la famosa batalla de Covadonga, dada, segun algunos, el año 717, y dos más adelante, segun otros afirman. El hecho es indudable, pues de él hacen mencion los historiadores árabes, y aún de algunas de las circunstancias que quedan referidas. No fué este primer triunfo ni fortuito ni milagroso: pudo perder á los enemigos su precipitacion ó su exceso de confianza; mas el cauto designio de retirarse á lugar seguro y apartado, prueba que Pelayo y los suyos estaban determinados á conservar su libertad y su independencía. Ensalcemos su memoria: nada más glorioso y sagrado que el sentimiento del patriotismo; y cuando en él se vincula no sólo la defensa de nuestros hogares, sino la causa de la justicia, del derecho y la religion, vencedores ó vencidos, son dignos de inmortal apoteosis cuantos dan tan heróico ejemplo á las futuras generaciones.

Alentado con tan próspero suceso, y viendo que el gobernador de Gijon, Munuza, evacuaba esta plaza, donde le era imposible sostenerse, salió Pelayo en su persecucion, y en Oralles, á tres leguas de Oviedo, derrotó nuevamente á los infieles, causándoles mucha pérdida. De dia en dia fué robusteciéndose su poder; reinó diez y nueve años, y murió en 737, siendo sepultado con Gaudiosa, su mujer, en la iglesia de Santa Eulalia de Velanio, que con algunas otras habia fundado. Es pues Pelayo el restaurador de la monarquía española, que aunque reducida á breves límites, cobró desde entónces nueva existencia y elementos de más estabilidad, dado que no hallándose sometida á condicion ninguna necesaria, podia adoptar cuantas modificaciones creyera convenientes en su antiguo régimen.

Sucedíole en el trono, si tal nombre se daba en aquellos tiempos á la silla que ocupaba el jefe del Estado, su hijo Favila, de quien se cuenta que en una cacería fué muerto por un oso. Esta circunstancia es la más notable de su vida. De su muerte queda la memoria en la lápida que se puso sobre su sepulcro (1). Fué elegido en su lugar Alfonso, yerno de Pelayo, hijo de D. Pedro, duque de Cantabria, que á favor de las disensiones que reinaban entre los enemigos, entre los africanos, que eran los primeros conquistadores, y los árabes que sólo trataron de aprovecharse de su victoria, dilató extraordinariamente los términos del nuevo reino. Encaminóse á la

(1) Al trasladar la inscripcion esculpida en ella D. Antonio Cavanilles en su *Historia de España*, t. I., págs. 356 y 57, dice: Morales y Sandoval la copian, y Jovellanos la trasladó cuidadosamente: lápida por más de un concepto interesante para la historia patria. La hemos visto: está en latin bárbaro, con mala ortografía y en renglones que quisieron ser versos. Morales dice: «es la primera escritura que en piedra ni de pluma hay en España despues de su destruccion.»

parte de Galicia, ocupó primero á Lugo, despues á Tuy; cruzó el Miño, se hizo dueño de Viseo, Oporto, Braga y otras ciudades, y metiéndose tierra adentro, cayeron tambien en su poder Leon, Astorga, Salamanca, la parte de Avila y de Segovia, y por el lado de Levante, Logroño, Nájera, la Vizcaya y una buena porcion de la Vardulia. Increible parece tanta prosperidad. Al rumor de sus hazañas acudian en gran número los cristianos, que volvian en sí como de un letargo, y empuñando otra vez las armas, sentian renacer el aliento, ya casi extinguido en sus corazones. Por la série no interrumpida de sus victorias, hubiera merecido D. Alfonso el renombre de conquistador; por el fervor religioso que mostró en la reparacion de los templos cerrados ó ruinosos, y por la sincera piedad que le distinguia, fué conocido en la historia con el título de *Católico*. Murió el año 757, á los diez y ocho de reinado, y fué enterrado con su esposa Ormisinda en el santuario de Covadonga.

Cúpole la sucesion á su hijo Froila ó Fruela, que ensanchó los términos de su reino, y fué tan guerrero como su padre. Era irascible de condicion, más tirano de lo que consentian aquellos tiempos. Rebeláronse los gallegos y los vascones; entró por sus tierras á sangre y fuego, y tomó de ellos cruel venganza. Entretanto los musulmanes levantaron en España un imperio independiente del de Damasco, poniendo su capital en Córdoba. Sentaron sobre el nuevo trono á Abderrhaman, el único Beni-Omeya que se habia salvado de la matanza ejecutada por los abbasidas en todos los individuos de su familia; príncipe ilustrado, magnánimo, fundador de suntuosos palacios en la nueva ciudad árabe, sensible á los encantos de la paz, y no extraño á las artes de la guerra. Vencido por D. Fruela una y otra vez, vióse obligado á entrar con él en pactos y treguas; pero el godo abusaba siempre de sus victorias, y llevó su inhumanidad al extremo de asesinar á su propio hermano, creyendo que pretendia arrancarle el cetro. Contra su crueldad, pues, se conjuraron los nobles, y le dieron muerte el año 768. Retrocedian á los tiempos de sus bárbaros antepasados.

Pasó la corona á las sienes de su primo D. Aurelio, hijo de un hermano del rey Católico. Reinó seis años; en cuyo tiempo dícese que reprimió una rebelion que le suscitaron los siervos y libertos de las Asturias. D. Silo, esposo de su hermana Adosinda, fué elegido en su lugar. El hecho más memorable de su tiempo fué el estrago que los vascones hicieron en el

ejército de Carlo-Magno, á su paso por Roncesvalles; suceso de que nos hablan los romances, y que se ve confirmado por el relato de los historiadores. Murió D. Silo en 783, á los nueve años de su reinado. En su lugar nombraron los grandes á D. Alfonso, hijo de D. Fruela, que casi ántes de darse á conocer, fué destronado por Mauregato. El ódio sin duda que produjo esta usurpacion, dió origen á especies tan desfavorables al nuevo rey, como las de haber pedido auxilio á los moros y obligádose á rendirles vergonzosos tributos, entre ellos el de las cien doncellas. Muerto Mauregato el año 788, entró á reinar D. Bermudo, llamado *el Diácono*, porque lo fué en efecto, hijo de D. Fruela, y por consiguiente hermano de D. Alfonso el Católico. Derrotó á los moros en la Bureba; pero hacíasele pesada la corona, y la renunció á los tres años de ceñirla, yendo de nuevo á parar á manos de D. Alfonso, estimado de todo el mundo por el grande espíritu y las raras virtudes de que habia dado relevantes pruebas.

Su primer cuidado fué humillar la soberbia de la morisma, y lo consiguió á su satisfaccion. Murió el califa Abderrhaman, y no degeneró la estirpe en su sucesor Hischem, que fué uno de los soberanos que más ilustraron el califato. Prosiguiendo las obras de su padre, concluyó la gran mezquita de Córdoba; y habiendo logrado sobreponerse á los fieros africanos ó berberiscos, que disputaban el poder á los árabes, ommiadas por otro nombre, nacion que se distinguia por su cultura y carácter caballeresco, resolvió llevar la guerra á los dominios de los cristianos. Bajo todos conceptos tenia en D. Alfonso un digno competidor. Tres sangrientas batallas se dieron en aquel tiempo, y uno y otro se condujeron con bizarría, sin que sea posible afirmar quién logró la palma de la victoria. Hicieron despues los árabes algunas correrías de poco resultado por la parte de Castilla; mas en Asturias penetraron hasta Oviedo, destruyeron los templos y saquearon la poblacion. Vengó D. Alfonso aquella afrenta, destrozando á los infieles cerca de Lutos, poblacion que debia existir entre Tineo y Cangas. Restauró la basilica de Oviedo, que por los restos que todavía conserva, debió ser magnífico monumento; edificó algunas otras iglesias, y un palacio para morada suya y de sus sucesores; una conspiracion volvió á privarle del trono, en que le restableció á muy poco tiempo la lealtad de sus vasallos, y murió por fin en 852, despues de un largo y gloriosísimo reinado que prolongó por espacio de cincuenta y dos años. El sobrenombre de *Casto*, con que le apellida la historia, constituye una virtud que le concedieron sus contemporáneos, y que quizá era más rara aún entre ellos que en nuestros dias.

Su sucesor Ramiro, hijo de Bermudo el Diácono, fué un rey que supo labrarse justa y universal nombradía de ilustrado, entendido, prudente, resuelto, piadoso y batallador. Frustró varias conspiraciones que se fraguaron contra su cetro y su vida, imponiendo horribles castigos á los que en ellas tomaron parte; venció á los normandos que desembarcaron con una expedicion en las costas de Galicia. Atribúyesele el falso diploma del voto de Santiago; dícese que á con-

Resurgit á preceptis divinis hec mecina sacra.
Opere suo comptum fidelibus votis
Perspicue clareat hoc templum obtutibus sacris.
Demonstrans figuraliter signaculum alme crucis.
Sit Cristo placens hec aula ob crucis tropheo sacrata.
Quam famulus *Fafla* sic condidit fide pro bata
Cum Frciliuba conjuge ac suorum prolium pignera nata.
Quibus Christi tuis muneribus sit gratia plena
Ac post hujus vite decursum preveniat misericordia longa
Hic valeas Kirio sacratas ut altaria Christo.
Dieii revolutis temporis annis CCC
Seculi etate porrecta per ordinem sexta.

Discurrere era DCCLXXVII.

secuencia de una victoria que debió á la milagrosa cooperacion de este Santo Apóstol, le declaró por patron de España: ello es que como tal fué venerado en lo sucesivo. Asocióse como compañero en el trono á su hijo Ordoño, á imitacion de algunos emperadores romanos; y tan admitida estaba ya esta costumbre, que se convirtió en hecho en adelante, sustituyendo el sistema de sucesion hereditario al electivo. Las dudas, pues, que se han suscitado sobre el origen de la monarquía hereditaria en el reino de Castilla, parece que deben resolverse partiendo de este supuesto, que dan por sentado los historiadores, y que puede confirmarse, bien recurriendo á la autoridad de instrumentos auténticos, bien á meras inducciones fundadas en la práctica consuetudinaria, nacida á mediados del siglo ix.

Tan puntual es esta fecha, que D. Ordoño tomó posesion del trono el 2 de febrero del año 850. Los moros, es decir, el califa Abderrhaman II que entónces reinaba en Córdoba, se ensañaron en violenta persecucion contra los cristianos; el nuevo rey acudió á vengar aquellos ultrajes, y derrotó en varios encuentros á los infieles. Repobló á Leon, incendiada años atras por estos, y plantó su bandera en algunas poblaciones como Tuy y Astorga. Tuvo que reprimir otra insurreccion de los vascones, y acudiendo á rechazar á los normandos, que por tercera vez se presentaron en las costas de Galicia, los derrotó, quemando y echando á pique algunos de sus bajeles. Dejó de existir el 27 de mayo de 866, y fué sepultado en la basilica de Santa María de Oviedo, al lado de sus antecesores (1).

Su hijo Alfonso III, que para legitimar en cierto modo su derecho, habia ya compartido el mando con su padre, como lo hizo este con el suyo, fué ungido rey á la usanza goda la víspera del fallecimiento de D. Ordoño. Prosiguió la série de conquistas empezadas en los reinados anteriores, y por sus elevadas prendas de carácter, no ménos que por su infatigable denuedo y el estrago que hizo en los enemigos cuantas veces midió sus armas con ellos, fué apellidado el *Grande*. Mas la fortuna que tanto le halagó en los campos de batalla, en el seno de su familia le hizo experimentar grandes vicisitudes y sinsabores. Rebeláronse contra él, bien que inútilmente, algunos de sus vasallos; rebeláronse hasta sus propios hijos, impacientes por sucederle, y apoyados por su misma esposa doña Jimena. Pudo escarmentar á los primeros, pero no tuvo corazon para destruir á los que llevaban su sangre, y así renunció la corona en favor de su hijo D. García, y nombró rey de Galicia al otro, D. Ordoño, dirigiéndose en romería á Santiago de Compostela. Sabe en el camino que los moros aprestan una expedicion contra los que habian sido sus estados; ruega á su hijo le deje combatir en su lugar,

y parte, y aniquila á los enemigos. Generosidad y patriotismo se necesitaban para accion tan noble. Murió en Zamora, y su cadáver fué trasladado á Oviedo. Cuarenta y seis años duró su mando, y en este tiempo enriqueció la basilica de esta ciudad, elevándola á metropolitana, edificó de nuevo el templo de Santiago en Galicia; repobló el monasterio de benedictinos de Sahagun y restauró gran número de edificios y de ciudades.

La division que D. Alfonso hizo de sus dominios, heredando en ellos á cada uno de sus hijos, parecia, más que amor paternal, un presentimiento; presentimiento de que sus fuerzas no eran suficientes para tanto peso, ó de que cada cual ambicionaria aquello que se le vedaba. En efecto, D. García, el mayor, trató de quitar el mando de Galicia á su hermano D. Ordoño; no lo consiguió; peleó diestra y afortunadamente con los moros, y murió sin sucesion en 913 ó 14, que á entrambos años aplica un mismo autor este suceso. D. Ordoño, que como queda dicho, gobernaba en Galicia, pasó á ocupar el sólio de Leon, estableciendo en esta ciudad su corte, y llamando reino de Leon al que hasta entónces se habia denominado de Astúrias. En este último punto mandaba D. Fruela; Ordoño se distinguió como guerrero, y al morir en fines de 923, heredó el tercer hermano, y juntó en uno Leon, Astúrias y Galicia. Poco tiempo sobrevivió, y en su lugar quedó elegido Alfonso IV, hijo de Ordoño II, que en verdad no trató de competir con sus antecesores del mismo nombre.

Aquí haremos alto, dando por terminados los preliminares de nuestro asunto. Para saber cómo se propagó hasta el interior de Castilla el movimiento de restauracion nacido en las montañas de Astúrias, preciso era indicar la série de cuantos se constituyeron en caudillos de aquella empresa, y la direccion en que cada uno encaminó sus esfuerzos al mismo objeto. La denominacion de la nueva ó recobrada soberanía marca bien explícitamente sus progresos y vicisitudes. Reyes de Astúrias se llamaron los que se distinguieron con esta ó análoga dignidad en los albores de la reconquista; reyes de Leon los que, seguros ya de su dominacion, pudieron fijar en dicha ciudad la cabeza de sus estados. A poco que dilaten sus armas, á poco que se juzguen bastante fuertes para desafiar en las llanuras el poder de sus adversarios, erigiran su trono en Castilla, y absorbiendo lentamente la independencia de los primitivos reinos, que habian ido entre sí fundiéndose y acumulándose, constituiran una de las grandes nacionalidades en que se divide despues la superficie de la Península. Ya el rey Ordoño II habia saludado de cerca con su vencedora espada las murallas de Toledo; orillas del Duero, en San Estéban de Gormaz, habia despedazado las huesas de Abderrhaman III, neutralizando en cierto modo su triunfo la derrota de Valdejunquera; pero dado el impulso, en breve veremos las legiones cristianas salvar mayor espacio, y asomando por las ásperas cumbres que sirven de límite á la Carpetania, dar asunto exclusivo y propio á nuestro discurso, que seguirá sin interrupcion ni embarazo hasta la presente época.

(1) Su epitafio dice:

Ordonius ille princeps quem fama loquetur,
Cuique reor similem saecula nulla ferent,
Jugens consiliis et dextere belliger actis,
Omnipotens suis non reddat debita culpis.
Obiit sexto kal. junii, era DCCCLXVI.

CAPÍTULO V.

Ramiro II se apodera de Madrid.—Hischem II.—El emir Almanzor.—Batalla de Calatañazor.—Fernando el Magno.—Nueva ocupacion de Madrid.—El rey de Toledo tributario de D. Alonso.—Sancho II.—Alfonso VI.—Madrid nuevamente tomada.—Ayudan á asaltarla los segovianos.—Conquista de Toledo.—Mudejares madrileños.—El Cid.—Doña Urraca.—Invaden los almoravides las Andalucías y tierras de Madrid.—Alfonso VII.—Confirma á los madrileños la posesion de sus *Propios*.—Puéblase el arrabal de San Martin.—Division de parroquias.—Fuero de Madrid.—Sancho III.

No pudo subsistir el cetro en las débiles manos de Alfonso IV, que habiendo quedado viudo de una esposa en quien cifraba todas sus ilusiones, renunció la corona en su hermano D. Ramiro, el año 927, trocándola por la cogulla de la Orden de San Benito, que tomó en el monasterio de Sahagun; y aunque pesoso de su resolucion, abandonó el cláustro y pretendió recobrar el trono, consiguió únicamente perder los ojos en castigo de su ambicion, y pasar el resto de su vida en la oscuridad ya forzosa de otro convento. Este borron, y el de haber impuesto la misma pena á los hijos de D. Fruela, por haberse alzado contra su soberanía, echó sobre sí un monarca que por su prudencia y esforzado aliento fué uno de los más insignes de aquella época.

No le impidió su juventud formar una heroica resolucion; y sacudiendo el letargo en que sus dos últimos predecesores habian vivido, empuñó las armas, y trasponiendo las fronteras de unos dominios sobrado estrechos para su entusiasmo, llegó sin tropiezo á las nevadas cumbres del Guadarrama. Divisaba desde allí la belicosa tierra de Toledo, la que en aquellos tiempos se llamaba *de los Castillos*, parte muy principal un dia de la antigua Carpetania, y reducida á la sazón á la obediencia de los sarracenos. A la margen de un rio, como la pintan sus historiadores, cercana á un populoso bosque y puesta en bien defendida altura, levantábase no léjos de las faldas de aquella sierra una poblacion, igualmente fortalecida por el arte, que con el nombre de *Medina-Machrit*, era uno de los baluartes más poderosos que oponia el califato al creciente imperio de los cristianos. Fué, pues, Medina-Machrit el pueblo que Ramiro II escogió para teatro de su primera hazaña; y no consintiéndole su juvenil impaciencia establecer sobre ella formal asedio, determinó entrarla arrebatadamente y por fuerza de armas.

Llegóse á su muralla, reconocióla con detencion; era un domingo de abril del año 931, y volviéndose á su hueste, mandó asaltarla sin otro preparativo. Arrojáronse á ella sus soldados, y de tal manera se condujeron y la apretaron tan desesperadamente, que á pesar de la obstinada resistencia de sus moradores, rompiendo los muros y escalando los adarves, yendo delante el animoso mancebo, que á todos queria preferirse lo mismo en la grandeza que en el peligro, logró ver clavada su enseña en los más altos minaretes de la poblacion. ¿Quién dijera entónces la suerte que el destino la reservaba? Conociendo Ramiro cuán

árduo, cuán imposible, por mejor decir, era el empeño de conservarse en punto tan avanzado y á la vista de las numerosas fuerzas con que el enemigo avasallaba á Toledo, decidió en són de retirada caminar la vuelta de sus estados, aunque no sin demantelar ántes las fortalezas en que tanto habian confiado los moradores. El tiempo probó cuán acertado era su designio, porque noticioso de aquel desastre el poderoso califa Abderrhaman III, que á duras penas habia conseguido cinco años ántes arrancar al rebelde Djafar-Ebn-Hafsun la posesion de Toledo, acudió á *Medina-Machrith*, y no pudiendo dar alcance á D. Ramiro, que se corrió hasta la ciudad fronteriza de Talavera, hubo de contentarse con reparar el extrago que habia ocasionado la audacia de los leoneses.

Esta fué la primera tentativa que, para expulsar á los infieles de la que hoy conocemos con el nombre de Madrid, se llevó á cabo en el período más heroico de la reconquista. En vano han pretendido privar de esta gloria al émulo de Alfonso el Magno, y atribuírsela al conde Fernan Gonzalez, modernos historiadores; afirmalo Sampiro como testigo ocular (1); corroboran la misma especie los autores árabes; mas el afan de la novedad hace á muchos preferir lo infundado á lo verdadero.

Tras el brillante calificado de Abderrhaman III, que ostentó en su apogeo el esplendor de la media luna, y el glorioso período de Al-Haken II, que convirtió á Córdoba en Atenas de las ciencias y de las artes, sentíase cercano á su ruina el imperio del apocado Hischem II, que insensible á todo lo que no era deleites y pasatiempos, dejaba que avanzasen cada dia con mayor ímpetu las irrupciones de los cristianos. Entónces fué cuando apareciendo en la corte de los califas el ministro Almanzor, de oscuro origen, pero ilustre por la grandeza de su espíritu y su talento, trocó en próspera la fortuna. Reanimó el decaído espíritu de los suyos incitándolos á la guerra, é infundiéndoles nuevo aborrecimiento á la nacion que luchaba por su independenciam; y reuniendo todas las fuerzas esparcidas por una y otra comarca, eligió por punto de partida aquella misma Machrith asolada por D. Ramiro. Siguiéronse varios trances, favorables los más á los sarracenos; pero vencido el emir en una batalla por el famoso conde Fernan Gonzalez, y queriendo vengar el que él juzgaba desdoro y mengua para su nombre, acomete de nuevo á los cristianos en la memorable jornada de Calatañazor, esfuerza su brio, alienta con grandes promesas á sus secuaces, éntrase en lo más recio de la pelea, cae, por último, mal herido, y muere al siguiente dia, como habian muerto la mayor parte de su gente y la nobleza que le acompañaba, y sus capitanes más fieles y valerosos.

Precipitó aquella sangrienta rota la destruccion del imperio de los Beni-Omeyas: al fin respiraba España, no temiendo que se repitiera la catástrofe del

(1) «Era DCCCCLXXI Ranimirus securus regnans, consilium inniit cum omnibus magnatibus regni sui, qualiter Chaldecorum ingrederetur terram; et congregato exercitu, pergens ad civitatem quæ dicitur *Mageriti*, confregit muros eius, et maximas fecit strages Dominica die.»

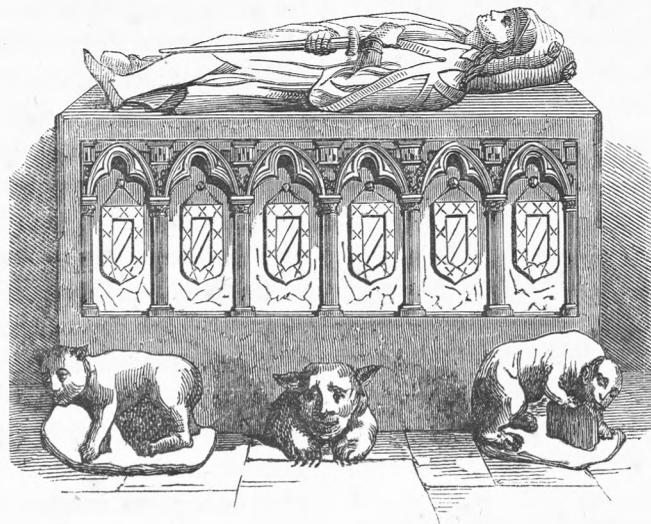
Guadalete. Fernando el *Magno*, que orló sus sienas con la triple corona de Leon, de Navarra y de Castilla, fué el perseguidor más infatigable y afortunado de la morisma. Triunfó desde las postreras márgenes del Tajo hasta la principal ciudad que bañaba el Ebro; en nueve años de incesantes expediciones, formó soldados aguerridos y dóciles á su voz, y como la empresa más temeraria de cuantas habia hasta entónces acometido, propúsose hacerse dueño del reino de Toledo, que ocupaba Almamun con poderosa y temible hueste. Salvó, pues, menospreciando cuantos obstáculos se le opusieron, los montes de la Carpetania, y deramando sus fuerzas por las tierras que se extendian caminando hácia el Oriente, siguió la direccion que le señalaba el curso del Manzanares. Como parte aquella tan céntrica respecto al resto de la Península, era la que con más seguridad á su entender poseian los mahometanos. Habitaba entre ellos la poblacion indígena, respetada en su religion y conservando sus domicilios, bien que mermados sus bienes hasta el punto de que si bastaban á su subsistencia, en mucha más proporcion gozaban de los demas los conquistadores. La expedicion de D. Ramiro no habia servido sino para aumentar las esperanzas y temores de los primeros; la nueva de la que ahora llevaba tambien á cabo D. Fernando, no podia influir en que mejorase su condicion, pero sí en que se acrecentara su desventura.

Tal vez por esto, al observar la furia con que leoneses y castellanos caian sobre su poblacion, contribuyeron los madrileños á la resistencia. Fué tenaz como la pasada: debió por lo ménos serlo, porque D. Fernando aportilló sus muros, incendió casas, alcázares y mezquitas, pasó á cuchillo á los pobladores sarrace-

párias y ofrecérsele por tributario. Basta este hecho para mostrar cuán decaida andaba la potencia de los enemigos, y cuán pujante, por el contrario, la de sus denodados agresores.

A D. Fernando, despues de sus dias, sucedió su hijo Sancho II, traidoramente muerto delante de las murallas de Zamora; por este imprevisto acaso heredó su otro hijo D. Alfonso, que fué VI en el órden de sucesion, la corona de Castilla, como ceñia ya la de Leon y ciñó más adelante la de Galicia. Habia en otro tiempo el nuevo monarca hallado asilo y proteccion en la corte del rey Almamun; un sentimiento honrado de gratitud le vedaba dirigir sus miras de conquista á Toledo y á cuanto en aquel reino se comprendia. Pero la muerte del monarca mahometano, ocurrida en 1077, libró al castellano de su compromiso, y al año siguiente entró con poderoso ejército por el territorio madrileño, talando los campos, robando los ganados é incendiando las poblaciones. «El preciado baluarte del Califato, dice la *Historia de la Villa y Corte de Madrid*, de que ya hemos hecho mérito, la ciudad querida de Almanzor no cede, sin embargo, al primer golpe. Decidido á señorearla, asienta Alfonso sus reales en el arrabal de San Gines, que se dice era habitado por los mozárabes; y asestados los ingenios y repetidos los asaltos, apriétala en tal manera, que no pudiendo los bárbaros resistir tanta pujanza, el católico príncipe la entró por fuerza, teniendo por buen pronóstico el haber ganado á Madrid para hacerse señor de lo restante del reino.»

Esta conquista, enmedio de no avenirse en el particular todas las opiniones, parece que tuvo lugar el año 1083. Refiérese asimismo por escritores modernos, intérpretes de una tradicion siempre respetable, por



Sepulcros de los conquistadores de Madrid.

nos sin respetar los niños ni las mujeres, y repartió la presa entre sus soldados. No era su ánimo subsistir allí, sino encaminarse á la ciudad de Compluto, y dueño de esta, como se prometia, llegar á Guadalajara. Hízolo así puntualmente; con lo que en vez de avivar el coraje del rey Almamun de Toledo, logró intimidarle de suerte, que salió al camino á rendirle

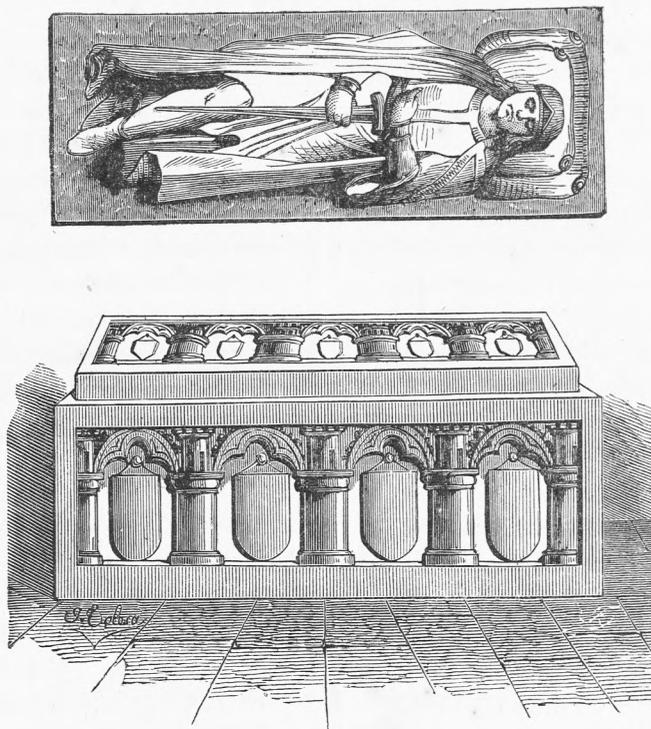
más que no haya obtenido en la historia carta de naturaleza, que los primeros que penetraron en Madrid por la puerta llamada de Guadalajara, fueron los capitanes segovianos D. Dia Sanz y D. Fernan García; y el hecho se presenta revestido de tal autoridad, que todavía se muestran en Segovia los sepulcros de ambos conquistadores (que con este nombre se los designa),

tales como aquí van figurados, aunque no sea sino como monumentos sumamente curiosos de aquella época.

La principal razón en que se fundan los impugnadores de esta tradición, es que Segovia, despoblada por entónces desde que la destruyó el año 755 el rey de Córdoba Abderrhman, no cobró su antiguo sér hasta 1088, época del conde D. Ramon; porque mal

aquella insigne ciudad llegaba al extremo de su quebranto y ruina.

Neutralizó hasta cierto punto aquel gran triunfo la completa derrota que Alfonso experimentó en Zalaca; y mientras los mahometanos volvian en sí con el auxilio de los almoravides de Africa acaudillados por Jusuf, disponian los madrileños, cuya voz llevaban ya los nuevos pobladores, adelantarse hasta Alcalá y re-



Sepulcros de los conquistadores de Madrid.

podian los segovianos concurrir al cerco de Madrid cuando no existian. Pero muy bien podian llamarse segovianos, no precisamente los de la ciudad, sino los de la tierra, ó existir una poblacion diminuta con aquel nombre, donde ántes y despues se alzó una ciudad importante. Y ¿cómo no padeció menoscabo en tanto tiempo el célebre acueducto, y se mantuvo un siglo y otro sin prestar utilidad alguna? Extremados son en sus juicios los eruditos; ó adolecen de la credulidad más cándida, ó caen en el más inexorable excepticismo: transijamos nosotros con todo lo que no sea absurdo ó inverosímil.

Ello es que dueño Alfonso VI de Medina-Machrith, convirtió en templo cristiano, bajo la advocacion de la Virgen María, su mezquita mayor, colocó en ella la Santa Imágen llamada de la Almudena, de cuya milagrosa aparicion nadie dudaba en aquella época, y á semejanza de lo hecho por Almanzor, reunió allí á los prelados y magnates de su reino para consultarles sobre la expedicion y conquista de Toledo, que se proponia llevar á cabo. Y la llevó, en efecto, y la corte de los godos volvió al dominio de sus sucesores, y el poder de los sarracenos, que divididos entre sí y haciendo de los estados que les quedaban pequeñas partes, se veia ya tan debilitado, con la pérdida de

ducirla á formal asedio. Y así como durante la dominacion arábica se permitió seguir morando en Madrid á los cristianos, que por esta razón tenian el nombre de *muzárabes*, así despues de la conquista hecha por Alfonso VI, permanecieron en la misma poblacion gran número de moros, llamados moriscos ó *mudejares*; hecho que no admite la menor duda, pues en el privilegio otorgado por el rey de Castilla en 1118 á las poblaciones del mismo reino, al jurar y confirmar el documento todos los concejos por medio de sus *omes buenos*, no sólo figuran en primer término los moradores de Medina-Machrith, sino que aparecen entre ellos los nombres de cuatro procuradores de los moros madrileños, que debian formar parte integrante y áun principal del vecindario.

A los tiempos de Alfonso VI pertenece el Cid, Rodrigo Diaz de Vivar, el insigne castellano, cuya existencia considerada como fabulosa por algunos, no es ya posible poner en duda. Hemos pues llegado al período heróico, al verdaderamente épico de nuestra historia; y en él nos detendríamos con mucho gusto, si el carácter especial y limitado de la tarea que vamos prosiguiendo no nos obligase á generalizar cuanto no está directamente ligado con nuestro asunto. Llególe el fin de sus dias al grande Alfonso, que falleció el 30

de junio de 1109. De sus varios matrimonios no logró más hijo que D. Sancho, el que pereció en Uclés; declaró heredera del reino á su hija doña Urraca, y de la parte de Galicia á un hijo de esta, niño de tres años á la sazón; de suerte que otra vez quedó desmembrado el reino. Acostumbrados estos á la independencia con que se habian ido formando, y á la especie de confederacion en que habian vivido, no se comprendian entónces las ventajas de la unidad de todas las monarquías que poblaban los ámbitos de la Península. Viuda doña Urraca de D. Berenguer, conde de Borgoña, por consejo de su padre pasó á segundas nupcias con el rey de Aragon, D. Alfonso el *Batallador*; matrimonio infausto, origen de mil discordias, venganzas y desafueros. El carácter enérgico de aquella señora, duramente tratada por su esposo, sirvió á sus enemigos de pretexto para infamar temerariamente su memoria. El vigoroso temple de alma que requería un siglo de tantas guerras y agitaciones comunicaba tambien cierta fiereza á los sentimientos del corazón.

Coincidió la muerte de Alfonso VI con una nueva invasion que por Andalucía hicieron los almoravides africanos. Como toda potencia auxiliar de un estado desorganizado ó débil, de amigos se convirtieron en señores, y acudiendo del otro lado del Estrecho en atropellada muchedumbre, no contentos con el fácil triunfo que tenían á mano, se propusieron conseguir otros más difíciles y lejanos. Había dejado de existir á la edad de cien años el emperador Jusuf; su hijo y sucesor Alí quiso acaudillar por sí mismo sus ejércitos. De cien mil caballos afirman que se componía el que penetró en la Península el año 1110. Llegado que hubo á las orillas del Guadalquivir, hizo alto como para cobrar fuerzas; no bien reposado, encaminóse al Tajo, porque el designio de Alí era hacerse dueño de Toledo. Guardaba esta ciudad Alvar Fáñez, *el brazo derecho* del Cid, como éste le apellidaba. No se turbó de ver sobre sí tantos y tan formidables escuadrones; acostumbrado á vencer á los sarracenos, tambien venció á los almoravides: una salida que efectuó con los toledanos bastó para desconcertar y ahuyentar á los enemigos, quedando en su poder multitud de prisioneros y las máquinas de guerra que conducian. Volvió sus armas Alí contra Talavera y Guadalajara, puntos ménos fuertes y defendidos, donde fué inútil la resistencia, y alentado con tan buen éxito, retrocedió á Medina-Machrith y logró introducirse en ella; pero refugiándose en su alcázar los más de los habitantes y los soldados, entre la resistencia que le hicieron y la peste que empezó á cebarse en las filas de los infieles, quedó escarmentada su audacia por algun tiempo.

Repitieron tres años despues sus excursiones por aquellos puntos, y siempre con el mismo resultado. Llegó entretanto á su mayor edad el nieto de Alfonso VI, y aunque á consecuencia del fallecimiento de su madre doña Urraca le fué muy disputada la sucesion á la corona de Castilla, entró por fin en posesion de ella el año 1126. Bajo tan buenos auspicios empuñó el cetro, que desde luego pudo presagiarse que le destinaba la Providencia para ser el restaura-

dor de España. Contáronse sus victorias por sus empresas, y paseando sus gloriosos pendones por todos los distritos de Andalucía, ya como insigne adalid recibiendo vasallaje del conde de Barcelona y de los señores de Tolosa, Montpellier y Gascuña, ya como profundo político legislando en los concilios de Palencia, de Carrion y de Búrgos, tomó el título y majestad de emperador en la basílica leonesa.

A este gran monarca merecieron los madrileños señaladas muestras de afecto y de gratitud, por los servicios que en sus guerras le prestaron, acompañándole en todas, y combatiendo á su lado con el mayor denuedo y lealtad. El fué quien dando fuerza de ley á las costumbres ó *fazañas* porque se gobernaban, y procurando confirmar la concesion de los *Propios* que les habia otorgado D. Alfonso VI, declaró que les pertenecian en propiedad los montes que se dilataban desde el puerto del Berroco, que partía términos entre Avila y Segovia, hasta el de Lozoya, con todos sus adherentes; «y esto os concedo, decia, por los buenos y fidelísimos servicios que me hicísteis y me seguís haciendo en las tierras de los sarracenos.» El privilegio está fechado en la Era 1190 (año 1152), y es un documento histórico muy notable (1).

Animado del mismo espíritu, confirmó tambien y amplió los privilegios que Alfonso VI habia concedido á la iglesia muzárabe de San Martin, y autorizaba á su prior D. Sancho para que poblase el arrabal ó vico de aquel nombre, conforme al fuero del burgo de Santo Domingo ó el de Sahagun, que daban á dichos monasterios amplísimas facultades sobre los pobladores. Todos los que de nuevo vinieran al vico de San Martin, quedaban bajo la potestad y sujecion del prior, sin que pudieran servir á otro señor, ni ser oprimidos ni maltratados por nadie, ni tomar vecindad en otro lugar. Nadie podia edificar casa alguna contra la voluntad del prior dentro del término de la iglesia de San Martin; añadiéndose otras disposiciones de la misma índole. Dedúcese de este instrumento que la poblacion se extendia entónces por todo el espacio que mediaba entre la muralla de la antigua ciudad y el monasterio de San Martin, acrecentándose no sólo por la parte del Norte, sino por la oriental fuera de las murallas, en el campo erial y arenoso, llamado más adelante arrabal de *San Gines*. Para su organizacion y gobierno interior, se hizo una circunscripcion de la poblacion en *collaciones* ó parroquias que ascendian al número de diez (2); de suerte que bien merecia el nombre de ciudad (Medina) que los árabes le habian dado, aunque Alfonso VII creyó conveniente cambiarlo en el de villa, ó por acomodarla más á la categoría de otros pueblos, ó porque ni áun el nombre quedase de su antigua dominacion. Se han equivocado, por consiguiente, los que han afirmado

(1) Consérvase original en el Archivo del Ayuntamiento de Madrid.

(2) Santa María, San Andres, San Pedro, San Justo, San Salvador, San Miguel, Santiago, San Juan, San Nicolas y San Miguel de la Sagra. Nada se dice de San Martin, ó por estar extramuros de la poblacion, ó porque no habia adquirido aún suficiente importancia.